

Homilía de Natividad del Señor - Misa de Medianoche

Año litúrgico 2016 - 2017 - (Ciclo A)

“Os anuncio una buena noticia; una gran alegría para todo el Pueblo”

Introducción

Culmina el tiempo de Adviento. Atrás quedan las expresiones de *preparad, allanad, velad...* En este día ha resonado con fuerza el cántico de Zacarías (Lc 1,67-79), fruto de una experiencia de silencio y contemplación. Podríamos poner nuestros cánticos de creyentes junto a este, y mostrar nuestro conocimiento de la obra de Dios en este mundo en el que vivimos, entre las gentes con las que hacemos vida, y nos llevarían directamente al *misterio de ternura* que encierra esta noche. Una noche que está llena de luz, y por eso le añadimos “*buena*”. La noche la concebimos como algo oscuro y lleno de inseguridades. Esta noche, por el contrario, nace para todos la *Luz* y se expande como paz y armonía, justicia y bien común por todo el universo mostrándonos que la noche es tiempo de salvación. El lenguaje y el sentimiento de esta noche *divino-humana* no puede ser otro que ternura, porque en Navidad descubrimos la infinita grandeza del amor.



Fr. Ángel Luis Fariña Pérez O.P.
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 9, 1-6

El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaba en tierra y sombras de muerte, y una luz les brilló. Acreciste la alegría, aumentaste el gozo; se gozan en tu presencia, como gozan al segar, como se alegran al repartirse el botín. Porque la vara del opresor, el yugo de su carga, el bastón de su hombro, los quebrantaste como el día de Madián. Porque la bota que pisa con estrépito y la túnica empapada de sangre serán combustible, pasto del fuego. Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: lleva a hombros el principado, y es su nombre: «Maravilla de Consejero, Dios fuerte, Padre de eternidad, Príncipe de la paz». Para dilatar el principado, con una paz sin límites, sobre el trono de David y sobre su reino. Para sostenerlo y consolidarlo con la justicia y el derecho, desde ahora y por siempre. El cielo del Señor del universo lo realizará.

Salmo

Salmo 95, 1-2a. 2b-3. 11-12. 13 R/. Hoy nos ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor

Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra; cantad al Señor, bendecid su nombre. R/. Proclamad día tras día su victoria. Contad a los pueblos su gloria, sus maravillas a todas las naciones. R/. Alégrese el cielo, goce la tierra, retumbe el mar y cuanto lo llena; vitoreen los campos y cuanto hay en ellos, aclamen los árboles del bosque. R/. Delante del Señor, que ya llega, ya llega a regir la tierra: regirá el orbe con justicia y los pueblos con fidelidad. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a Tito 2, 11-14

Querido hermano: Se ha manifestado la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres, enseñándonos a que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, llevemos ya desde ahora una vida sobria, justa y piadosa, aguardando la dicha que esperamos y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo, el cual se entregó por nosotros para rescatarnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo de su propiedad, dedicado enteramente a las buenas obras.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 2, 1-14

Sucedió en aquellos días que salió un decreto del emperador Augusto, ordenando que se empadronase todo el Imperio. Este primer empadronamiento se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a empadronarse, cada cual a su ciudad. También José, por ser de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para empadronarse con su esposa María, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras estaban allí, le llegó a ella el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada. En aquella misma región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. De repente un ángel del Señor se les presentó; la gloria del Señor los envolvió de claridad, y se llenaron de gran temor. El ángel les dijo: «No temáis, os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.» De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: «Gloria a

Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad».

Pautas para la homilía

Una paz sin límites

El profeta Isaías, en esta noche, nos trae las palabras que los galileos conocían mejor que nadie ya que hablan de su *despreciada* comarca. Pero son unas palabras proféticas que nos indican que el Mesías sería descendiente de la dinastía de David y, por tanto, además de tener las virtudes de sus antecesores, traería la paz. La paz que anuncia el profeta es una paz activa y sin límites de amor entre los hombres, en la que pueda asentarse un nuevo orden. Ese era el gran sueño de todos los profetas que anunciaban un *príncipe de la paz*. Pero no se nos habla de una paz aburrida y cobarde, no. Se trata de una paz luchadora que tiene como objetivo la justicia y el derecho. Porque para el profeta justicia y derecho son necesarios como disciplina para una situación donde prima la injusta, en la que los pobres y oprimidos no son tenidos en cuenta. Esta es la misión de ese príncipe de la paz: derrochar esa fuente de alegría que convierte todo lo oscuro en luz, cuyo efecto es una paz que no conoce fronteras.

La gracia de la salvación

San Pablo, en la segunda lectura de esta noche, nos muestra cómo hemos sido salvados por la gracia de Dios que se ha manifestado en la encarnación de Jesucristo. Él -Jesucristo- nos conforma consigo mismo y nos hace partícipes de la grandeza que encierra su misterio. Plasma nuestra imagen de Dios y la sitúa hacia su original sentido, es decir, el amor. Con la Encarnación todos y cada uno de nosotros hemos sido liberados de la ley para el amor auténtico, y hemos sido liberados del sufrimiento y de la muerte para adquirir una vida nueva de gracia y salvación, en Dios.

Apareció la ternura

El Evangelio de esta noche nos muestra con claridad lo que celebramos, es decir, que el amor de Dios se vuelve tan abrumador, tan evidente, tan claro... que haría falta estar ciego para no darse cuenta. La humildad, así como las circunstancias materiales de donde ocurren los hechos, nos muestran que es Dios mismo el que ha querido que se desarrollen así. Pero todo ello queda impregnado de un ambiente de luminosidad, que brota desde la alegría que todos manifiestan. Una alegría que es el motivo que hace cantar al coro celestial glorificando y alabando a Dios, y que los pastores adoren al *Salvador, Mesías y Señor*.

Y es que esta noche celebramos que Dios deja la grandeza de su gloria para hacerse niño. La Palabra, sí, esa que existía desde el principio, se acurruca en el pesebre para estar cerca de nosotros y para decirnos que la humanidad tiene futuro, y que ese futuro es la felicidad. Este sí que es un motivo de alegría y para nada es superfluo: un Dios hermano, comprensible, alcanzable; un hermoso tipo de Dios que la humanidad jamás hubiera podido percibir, si Él mismo no nos lo hubiera mostrado. El misterio que encierra esta noche es que descubrimos que Dios nos ama y que es algo recíproco; pero también descubrimos la grandeza de cómo podemos amarnos unos a otros. Vivir desde la alegría sincera el misterio de la Nochebuena, nos quita nuestras ficticias categorías y, por lo mismo, nos junta a los demás redescubriendo la mayor alegría que puede haber: la fraternidad. Si esta noche contemplamos y celebramos que Dios se ha hecho hombre, ser hombre-mujer es la cosa más grande que se puede ser.

Por tanto, esta noche, que es muy propensa a ello, no nos refugiemos en la nostalgia, ni miremos hacia atrás. Contemplemos el presente y descubriremos que a nuestro lado hay gente que nos ama y que necesita de nuestro amor. Si lo hacemos así el amor de Dios, que se manifiesta en el pesebre, no será inútil porque habremos gritado al universo entero que, en nuestros corazones, anida la ternura de la Navidad.



Fr. Ángel Luis Fariña Pérez O.P.
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

No tenemos publicado Evangelio para niños para este día.